



Rafael Caldera y el MBR200: revolución pasiva y duelo de agendas

Rafael Caldera and the MBR200: passive revolution and programs dispute

Mauro Berengan*

Recibido: 6 de julio de 2022

Aceptado: 5 de octubre de 2022

Resumen: Este artículo aborda dos aspectos claves en la disputa por la hegemonía llevada adelante por Hugo Chávez y el MBR200 durante la década del 90. En primer lugar, la reacción sistémica a la crisis orgánica con el triunfo de Rafael Caldera en 1993, que caracterizamos como un intento –finalmente frustrado– de revolución pasiva. En segundo lugar, el “duelo de agendas” con la promulgación gubernamental de la “Agenda Venezuela”, un programa que profundizó el giro neoliberal de Caldera clausurando el intento de “pasivización”, y la respuesta del MBR200 con la “Agenda Alternativa Bolivariana”, en la búsqueda por polarizar el espectro político como estrategia de disputa hegemónica “agonal”.

Palabras clave: Chavismo; Hegemonía; Rafael Caldera; MBR200.

Abstract: This article deals with two important moments in the dispute for hegemony carried out by Hugo Chávez and the MBR200 in Venezuela during the 1990s. first, the systemic reaction to the organic crisis with the triumph of Rafael Caldera in 1993 that we characterize as an attempt - finally frustrated- of passive revolution. Secondly, we analyze the "programs dispute", with the governmental promulgation of the "Venezuela Agenda", a program that deepened Caldera's neoliberal turn, closing the attempt of "passivization", and the response of the MBR200 with the "Bolivarian Alternative Agenda", in the search for polarizing the political spectrum as a strategy "agonal" hegemonic dispute.

Keywords: Chavismo; Hegemony; Rafael Caldera; MBR200.

* Centro de investigaciones “María Saleme de Burnichon”, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Argentina. ORCID: 0000-0003-4364-4116. mauroberengan@gmail.com

Introducción

Este trabajo se inscribe en una investigación mayor que busca dar cuenta de cómo Hugo Chávez y el MBR200¹ lograron una disputa eficaz de la hegemonía en el marco de la crisis orgánica que atravesaba el país. Sustentado en las teorías de la hegemonía, nos preguntamos con qué articulaciones discursivas, con qué intelectuales orgánicos y alianzas políticas, con qué proyectos en la dimensión ideológica, con qué formas y estructuras organizativas y con qué decisiones tácticas y estrategias de poder, el Polo Patriótico logró articular mayorías sociales para ganar las elecciones de 1998.

Para el período que aborda este trabajo, 1993-1996, el MBR200 ya tenía una década de historia e intentos de articulación clandestina, por ejemplo, con el Partido de la Revolución Venezolana (PRV) de Douglas Bravo y sectores de Causa R (La Causa Radical), bajo la hipótesis de la unión cívico militar y la vía violenta acompañada de un estallido social como estrategia de poder. Además, había realizado ya el intento de golpe de Estado de 1992, convirtiendo a Chávez y otros militares como Arias Cárdenas en figuras públicas. Finalmente, poseía una configuración discursiva sustentada en un cronotopo latinoamericano (Narvaja de Arnaud, 2008) ya expuesta en documentos como “El Libro Azul” o “Cómo salir del Laberinto”.

Estos temas y períodos previos de nuestra investigación nos permiten considerar aquí que Chávez tenía conocimiento de las formas y teorizaciones de la disputa hegemónica a partir de las lecturas que había realizado de Gramsci y Mariátegui, entre muchos otros. Del mismo modo,

¹ El Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 surgió clandestinamente en el seno de las Fuerzas Armadas a comienzo de los 80 bajo la conducción de Hugo Chávez. El nacimiento “simbólico” se dio en diciembre de 1982 con el juramento bajo el Samán de Güere, árbol en el que había descansado Bolívar, con la presencia de Felipe Acosta Carles, Jesús Urdaneta y Raúl Isaías Baduel, a los que pronto se sumó Francisco Arias Cárdenas como segundo al mando. De todas formas, el movimiento tiene precedentes que incluyen al propio Chávez, así como otras líneas clandestinas que establecieron vínculos entre las FFAA y la izquierda venezolana desde mucho tiempo atrás. Trabajamos este tema en Berengan, 2021.





tenía conocimiento tanto de la historia de las luchas y transformaciones venezolanas –en la visión de la alianza cívico militar propia del “dougliismo”² y en general de la izquierda venezolana– como de los sentidos sedimentados en las mayorías populares que eran plausibles de articular de modo equivalencial (Laclau y Mouffe, 1987) en contraposición al bloque hegemónico en crisis. Necesitaba, para ello, dicotomizar la disputa política, articular mayorías de forma agonal³ al sistema imperante –nominado a partir del puntofijismo⁴ y el neoliberalismo. Es el desarrollo de todo este proceso el que investigamos, dando cuenta aquí de dos momentos y aspectos que entendemos cruciales para su realización.

En primer lugar, el intento del establishment venezolano por suturar la crisis a partir de una reforma del Estado y de una alianza liderada por Rafael Caldera, conocida como El Chiripero, que incorporó a sectores de izquierda con un discurso reivindicativo (o al menos relativizador) tanto del Caracazo como del golpe de 1992, a la vez que cuestionó –superficialmente– las medidas neoliberales y propuso una serie de reformas del Estado. Propondremos aquí encuadrar la estrategia de El Chiripero como un intento, finalmente frustrado, de revolución pasiva.

Pasado un tiempo de ensayo de gobierno heterodoxo, con una profunda crisis bancaria, Caldera recurrió al FMI y a los planes de ajuste neoliberal para (según sus objetivos) controlar la inflación y el crecimiento de la pobreza y el desempleo. Ante la posible salida del Movimiento Al

² Douglas Bravo fue quizás, junto al fundador de Causa R Alfredo Maneiro, la figura más importante de la historia de la izquierda venezolana hasta la aparición del chavismo. Fundador del PRV, del que primero Adán y luego Hugo Chávez formaron parte, el “dougliismo” refiere a la idea de la unión cívico-militar como estrategia de poder, al desarrollo de estructuras clandestinas e infiltraciones que vinculen a la izquierda con los militares en pos de una “insurrección combinada”; es decir un levantamiento militar acompañado de un estallido social. En sí, la hipótesis fallida del 4 de febrero de 1992.

³ En una reformulación del pensamiento laclausiano que busca reincluir las bases materiales de los movimientos y el modo de producción en el análisis, Balsa (2017) llama “agonal” a la forma de construcción hegemónica sustentada en el conflicto, en la construcción de cadenas equivalenciales opuestas, contrario a la forma “administrativista” que busca absorber de modo diferencial las demandas antisistémicas evitando que se articulen entre sí.

⁴ El Pacto de Punto Fijo fue un acuerdo de gobierno establecido en 1958 a partir del cual los dos partidos mayoritarios, AD y COPEI, garantizaron su alternancia en el gobierno. Sustentado en un sistema petrolero-rentista que garantizaba la venta de petróleo a menor costo a los EEUU, contó con el apoyo de la iglesia, las Fuerzas Armadas, la Central de trabajadores de Venezuela y la asociación empresaria FDECÁMARAS, configurando un bloque hegemónico que perduró por cuatro décadas.

Socialismo (MAS) de la alianza, el segundo partido en importancia y en cantidad de votos, Caldera incorporó a su máximo referente, Teodoro Petkoff, en un alto cargo del ámbito de la economía. El resultado fue la “Agenda Venezuela”, un programa que, como veremos, se asemeja al plan de Carlos Andrés Pérez que desató el Caracazo, y al de tantos planes de ajuste que se implementaron en Latinoamérica en el período.

Para entonces, Chávez no veía ya posible un nuevo intento de toma de poder por la vía armada, aunque continuaba sosteniendo la impugnación y abstención en las elecciones, así como el cuestionamiento conjunto y abarcativo del sistema político y económico. Así, tanto en 1993 como en 1995, al no participar de los actos electorales ni incorporarse a ningún partido “del sistema”, el MBR200 se mantuvo en la polarización del espectro político entre Chávez y el orden establecido con el puntofijismo y los planes neoliberales. Entendemos que la publicación de la Agenda Alternativa Bolivariana (AAB) responde –con éxito– a esta visión de la disputa de la hegemonía. Además, creemos que es una muestra, en conjunto con otros documentos y publicaciones analizadas, del alcance que tenían los planes y acciones del movimiento, lejos de las visiones que endilgan a Chávez y al MBR ambigüedad, heterogeneidad y volatilidad de sus programas. Este “duelo de agendas” será entonces el segundo eje de análisis de este trabajo.

Rafael Caldera y la reacción del sistema político: en búsqueda de la pasivización

Ante la profunda crisis que atravesaba el país, la reacción o defensa de los partidos, de sus dirigentes, y de las bases del sistema putofijista tuvo tres componentes principales: la creación –ya en 1984 pero con actuación hasta 1999– de la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (COPRE), la descentralización estatal (derivada de la comisión), y





la refundación partidaria y rearticulación frentista que requirió, primero, de la destitución de Carlos Andrés Pérez.

El accionar de la COPRE ha sido ampliamente estudiado (Kornbilth 1997, López Maya 2005, entre otros), valga recordar aquí que su creación, en la presidencia de Jaime Lusinchi, tenía como objetivo producir reformas que oxigenasen a los partidos llevando a una mayor participación y descentralización en la toma de decisiones en un sistema en el que los gobernadores eran designados por el ejecutivo nacional y las funciones ejecutivas municipales eran asumidas por el Presidente del Consejo Municipal.⁵

Si bien el propio Lusinchi desestimó las recomendaciones de la comisión esgrimiendo que reduciría su capacidad de gobierno, algunas de ellas se irían imponiendo de a poco en las elecciones de 1989 (con la modificación más importante: la elección directa de alcaldes y gobernadores), de 1993 y de 1995. Este largo proceso convertía a la demanda de descentralización en uno de los ejes de campaña en cada elección, a la vez que modificaba las reglas de participación en las contiendas produciendo un efecto contrario al buscado: desconfianza y abstención (Kornbilth, 1997: 16).

La descentralización se tornó entonces en un significativo y en un proceso de medidas políticas de efectos contradictorios. Era demandada por sectores de la sociedad civil y por las entidades menores del sistema político y, en un marco de crisis, la demanda era recogida por las cúpulas partidarias que la legitimaban y colocaban en un lugar central de sus campañas.⁶ Pero luego, desde estas mismas cúpulas, era deslegitimada en sus acciones de transformación más profunda por quienes accedían al

⁵ Para una evolución del sistema electoral y sus reformas ver Consejo Nacional Electoral: http://www.cne.gob.ve/web/sistema_electoral/sistema_electoral.php

⁶ Por ejemplo, el candidato presidencial de AD Claudio Fermín sostuvo en una entrevista de cara a las elecciones de 1993: "La descentralización ha tenido un discurso muy abstracto, se habla de transferencia de uniones sin embargo no se prevén los mecanismos (...) propongo que se aumente el situado en los municipios (...) descentralizar más allá del Estado, también a los particulares, yo he propuesto un fondo regional para la artesanía, la pequeña y mediana industria". Entrevista disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=v7wRrPz7KLw>

poder, a la vez que se realizaban algunas reformas menores que, por un lado, producían cierta apertura del sistema permitiendo la entrada de nuevos partidos a la contienda, mientras que, por otro lado, no lograban re-legitimar la confianza de los votantes. Así, los triunfos políticos más resonantes (ayudados por la descentralización) que mostraban ya el fin del bipartidismo puntofijista fueron el de Andrés Velásquez en la gobernación del Estado Bolívar en 1989, y el de Aristóbulo Istúriz en la alcaldía de Caracas en 1992, ambos por el partido Causa R (Causa Radical), a los que se sumaron la obtención por parte del MAS de un gobernador en 1989 y tres en 1993. El inicio de las reformas que buscaban la pasivización no lograba obtener los resultados deseados por el establishment.

Por otro lado, mencionábamos las refundaciones partidarias y los intentos rearticulatorios como una estrategia de salvataje del sistema, refiriendo fundamentalmente a la creación de Convergencia por parte de quien había sido nada menos que fundador del Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI) y artífice del Pacto de Punto Fijo: Rafael Caldera. A ello se sumaron la articulación con partidos menores de izquierda (y algunos de derecha) en lo que se conoció como El Chiripero, y un cambio discursivo hacia cierta crítica al sistema neoliberal.

Recordamos que la salida del gobierno de Carlos Andrés Pérez, tras los levantamientos de 1992 y el ciclo de protesta que se extendía desde el Caracazo en el marco de la aplicación del programa neoliberal conocido como el Gran Viraje⁷, se produjo finalmente por un juicio por malversación de fondos a partir de una demanda presentada por el Fiscal General de la Nación Ramón Escovar Salom.⁸ La partida en cuestión tenía como objetivo apoyar la seguridad de la presidenta de Nicaragua Violeta Chamorro, según se estableció en el juicio. La destitución, que debe leerse

⁷ Poco después de asumir su segunda presidencia, y con el recuerdo de un gobierno más bien interventor y de “vacas gordas”, Carlos Andrés Pérez anunció un clásico “paquete” de medidas de shock neoliberal conocido como el Gran Viraje. El pronunciado ajuste llevó al estallido popular del 27 de febrero de 1989, conocido como “El Caracazo”, que fue reprimido ferozmente dejando cientos de víctimas, y produciendo el quiebre del mencionado “Pacto de Punto Fijo”.

⁸ Puede leerse una detallada cronología de estos hechos, y del juicio a Carlos Andrés Pérez en Maniglia (Ed.), 2011.





también como un intento de salvataje del sistema político por parte de las cúpulas partidarias, se efectuó el 21 de mayo de 1993, momento en que el Congreso Nacional lo aparta de la presidencia y nombra a Ramón Velásquez como presidente interino hasta las elecciones del 5 de diciembre en acuerdo de los dos partidos mayoritarios. Esos meses transcurrirían en un contexto de continuidad y profundización de la crisis, con un auge del ciclo de protesta que llegó al pico de la década con 1096 acciones (López Maya, 2001: 6), casos resonantes de corrupción, y continuidad de las políticas neoliberales con la implementación del Impuesto al Valor Agregado.

La clave del triunfo de Rafael Caldera en las elecciones de 1993 puede ubicarse en la decisión de romper con COPEI y articular un amplio frente electoral que buscó contener los principales reclamos de una sociedad en crisis y en movilización, lo que implicaba la elaboración de un discurso que pudiera realizar la absorción diferencial de demandas desarmando su potencial transformador. Es en este sentido que caracterizamos el proceso como un intento de revolución pasiva en tanto “proceso de transformación ‘desde lo alto’, en el que se recupera una parte de las demandas ‘de abajo’, pero quitándole toda iniciativa política autónoma” (Balsa, 2006: 27).

Entendemos que la posibilidad de que un hombre asociado al sistema en crisis, fundador de uno de sus dos partidos principales y artífice del propio Pacto de Punto Fijo pudiera articular este discurso, radicaba en su lectura tanto hacia el Caracazo como hacia los levantamientos militares de 1992. Así, mientras la casi totalidad de ese establishment político, comunicacional y empresarial condenaba al Caracazo como una turba de vándalos y a los levantamientos de 1992 como actos terroristas, Caldera defendió las protestas populares, habló de hambre y de una democracia que no funciona, y relativizó las motivaciones de los golpistas. El mismo 4 de febrero de 1992 dijo en el Congreso:

No estoy convencido de que el golpe felizmente frustrado hubiera tenido como propósito asesinar al presidente de la república. Yo creo que una afirmación de esa naturaleza no podría hacerse sino con plena prueba del propósito de los sublevados (...) no hemos sentido en la clase popular, en el conjunto de venezolanos no políticos y hasta en los militantes de partidos políticos ese fervor, esa reacción entusiasta, inmediata, decidida, abnegada, dispuesta a todo frente a la amenaza contra el orden constitucional. Y esto nos obliga a profundizar en la situación y en sus causas (...) En estos momentos debemos darle una respuesta al pueblo y tengo la convicción de que no es la repetición de los mismos discursos que hace treinta años se pronunciaban cada vez que ocurría algún levantamiento (...) Es difícil pedirle al pueblo que se inmole por la libertad y por la democracia, cuando piensa que la libertad y la democracia no son capaces de darle de comer y de impedir el alza exorbitante en los costos de la subsistencia, cuando no ha sido capaz de poner un coto definitivo al morbo terrible de la corrupción, que a los ojos de todo el mundo está consumiendo todos los días la institucionalidad. Esta situación no se puede ocultar (...) la democracia no puede existir si los pueblos no comen, si como lo dijo el Papa Juan Pablo II. “no se puede obligar a pagar las deudas a costa del hambre de los pueblos”. De que esos señores entiendan que estas democracias de América Latina están requiriendo una revisión de la conducta que tienen frente al peso de deuda externa.⁹

Vemos que este discurso contiene ya los elementos fundamentales para la absorción de las demandas expresadas en los distintos sectores de una sociedad en crisis, lo que irá articulando más acabadamente en la campaña: cuestionamientos al sistema democrático viciado por la partidocracia y la corrupción (la “degradación moral” fue el eje central de su campaña), críticas a las medidas neoliberales tomadas por Carlos Andrés Pérez pero no al neoliberalismo en sí, reivindicación del profesionalismo militar y promesa de indulto para los sublevados, defensa de la protesta social, y necesidad de transformaciones en el sistema político desde una identidad “independiente”, entre otros aspectos.

⁹ Rafael Caldera, discurso pronunciado en el parlamento venezolano el día 4 de febrero de 1992. Disponible en: <https://www.retoricas.com/2010/05/discurso-rafael-caldera-golpe-4-febrero.html>





Las elecciones de 1993 tuvieron la particularidad de poseer cuatro candidatos con chances de obtener la victoria, sumado a la impugnación que realizaba Hugo Chávez, ahora como una figura pública, desde la cárcel. Es decir, una marcada dispersión de voces. Si bien entendemos que los ejes fundamentales de debate pasaron por la crisis económica y el neoliberalismo en sus distintas medidas, por la crisis del Estado y los partidos con la demanda de descentralización, y por la corrupción y negociados de las cúpulas partidarias; esta situación de cinco voces con presencia fuerte en el debate público generó cierta dispersión en las formaciones discursivas predominantes en la arena pública. En la estrategia de construcción hegemónica agonal, el MBR debía dicotomizar este espectro disperso, como veremos en la segunda parte del artículo.

En base a los postulados de Foucault, Balsa entiende que las formaciones discursivas se conforman por un conjunto de enunciados que comparten una base objetual. Las formaciones construyen y colocan en el centro de sus representaciones de la realidad los mismos objetos “no como meros significantes o palabras sino como formando parte de enunciados concretos que construyen un mundo discursivo determinado” (Balsa, 2020: 11). A su vez, dentro de una misma formación discursiva se disputan los sentidos de los objetos que la conforman, se agrupan de modo distinto, se juzgan de modo contrapuesto, dando lugar a las llamadas estrategias discursivas. Así, mediante un seguimiento de las apariciones públicas de los candidatos en diarios y televisión, así como de las entrevistas y documentos elaborados por el MBR desde la cárcel, puntualizamos en un trabajo de pronta publicación esta dispersión de voces en la contienda del siguiente modo: una formación discursiva neoliberal en Oswaldo Álvarez Paz (COPEI) y Carlos Fermín (Acción Democrática, AD), la elaboración de una formación que denominamos “laborista” en el candidato de Causa R Andrés Velásquez, la formación “bolivariana” esgrimida en la impugnación sistémica de Hugo Chávez desde fuera de la elección, y la que atañe a este trabajo que denominamos “discurso moral” para el caso de Rafael Caldera. La pasivización “administrativista” parecía

tener entonces mayores posibilidades de éxito ante la dispersión de sentidos y demandas no articuladas en una formación política contraria que la dicotomización “agonal” que buscaba el MBR mediante la impugnación sistémica y la abstención electoral.

Caldera cuestionó las medidas neoliberales de Carlos Andrés Pérez, pero en términos generales eludió definiciones que ataquen al modelo en sí, y fue ambiguo en la oposición a los procesos de privatización,¹⁰ de flexibilidad o de deuda externa. En los tres casos refirió a las políticas mal aplicadas que deben revisarse, pero no creemos que haya realizado una campaña antineoliberal, sino más bien que incluyó estas demandas parcialmente, quitando su contenido impugnador y transformador. Entendemos este ejercicio como parte de la desvalorización de las demandas antisistémicas que busca una revolución pasiva. En el marco de esa estrategia, se centró entonces en la corrupción, en los negociados o “cogollos” partidarios, en aspectos y condenas éticas:

Una minoría se ha empeñado en llenar el país de corrupción, frustración, miedo y desconfianza, pero la gran mayoría solo quiere un país limpio, únete al movimiento, únete a la mayoría, únete a Convergencia, la unión de las mejores voluntades.

Hay un país maltratado, desgastado, hay un país indignado y frustrado, un país empobrecido y detenido. Pero también hay un país honesto, un país sensato y trabajador, un país que está en movimiento y busca soluciones, un movimiento donde convergen todos los hombres, todas las ideas, toda Venezuela. Mientras los candidatos del paquete apoyaron con sus actos la política de inseguridad social y corrupción del gobierno anterior, Caldera dio la cara para defender los derechos de todos los venezolanos (...) los especuladores, los mentirosos, los te-

¹⁰ “Hay una ley que permite la realización de obras públicas por el sistema de concesiones, pero esa ley tiene una serie de trabas (...) hay que llegar a un acuerdo ya, concreto, para modificar esa ley y abrir ese camino porque si el Estado no tiene dinero con que hacer las obras se necesitará de inmediato acudir a ese sistema que en México ha dado un resultado estupendo” (Entrevista con el periodista Marcel Granier realizada el día 19/09/93, disponible en https://www.youtube.com/watch?v=Ngl3Zngn5_0). Como vemos en muchas intervenciones como estas no se opone a las medidas neoliberales si no a su forma de aplicación, las privatizaciones se harán “según el caso”, y aquí la justificación para privatizar la obra pública pasa por la falta de dinero del Estado, tomando como ejemplo a países con programas neoliberales como México.





roristas, los corruptos, los hambreadores, los vende patria, los paqueteros, todos ellos tienen algo en común: no les conviene que haya justicia social, no les conviene que gane Caldera.¹¹ El cambio fundamental que está reclamando el país es el de una promoción de hombres irresponsables y corruptos que han llevado a Venezuela a la situación en que está.¹²

Las cadenas de significantes elaboradas resultan evidentes: corruptos, minorías, paqueteros (paquetes neoliberales), maltratadores, especuladores, terroristas, vende patrias, han llenado Venezuela de frustración, miedo, desconfianza, hambre; pero hay otra Venezuela, la de los limpios, trabajadores, honestos, sensatos; la suya, la de Convergencia; una sinécdoque donde Caldera y su pasado “limpio” vienen a representar lo mejor de Venezuela, frente a una otredad cuestionada más desde lo moral que desde lo económico.

En este marco de utilización de operaciones discursivas en búsqueda de la absorción diferencial de demandas, en búsqueda de la pasivización, Caldera intentó incluir las demandas sociales necesarias para abarcar no solo los votos mayoritarios si no también los apoyos de izquierda. Debía absorber, además, intelectuales orgánicos y organizaciones del campo contra-hegemónico, en una alianza inclusiva. Así, El Chiripero, como se conoció el frente en alusión a un insecto pequeño, una cucaracha que se junta en grandes cantidades, se convirtió, en asociación con “la tricolor”, en una nominación aglutinante y articuladora de una gran cantidad de personalidades, partidos y demandas. Los partidos participantes fueron 17, siendo los más importantes el recién fundado por Caldera Convergencia (que aportó el 17% de los votos) y el partido de izquierda MAS (que obtuvo el 10,59%); el resto de los partidos aportaron solo el 2% de los votos, incluyendo otros de izquierda como el Partido Comunista de Venezuela (con solo el 0,3%), para este momento conducido

¹¹ Publicidades de campaña disponibles en: <https://www.youtube.com/watch?v=wIG7jct5Nwk> y siguientes.

¹² Entrevista en el programa “Respuestas para los venezolanos”. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=997IxcO8yjg>

por el médico Trino Melean, y partidos de derecha como el Movimiento de Integridad Nacional.

Los casos más resonantes de esta absorción fueron el de Teodoro Petkoff y el de Arias Cárdenas. Petkoff era un ya legendario dirigente de izquierda que había actuado en la resistencia a la dictadura de Pérez Jiménez y en la guerrilla de Douglas Bravo. Fundador del MAS, se sumó al gobierno en la dirección de CORDIPLAN (Oficina Central de Coordinación y Planificación) en 1996, siendo artífice de la “Agenda Venezuela”. “Petkoff decía que no quería morir sin haber al menos arreglado una alcantarilla” nos dijo en la entrevista que realizamos para esta investigación Enrique Ochoa Antich, otro de los fundadores del movimiento que, en su caso, se mostró contrario al acuerdo con Caldera. Por su parte Francisco Arias Cárdenas, el segundo al mando del MBR200 hasta 1992, se incorporó al gobierno en 1994 como parte del Programa de Alimentación Materno Infantil tras su ruptura con Chávez. De este modo, no sólo se incorporaron demandas vaciadas de su potencial transformador, sino también a dirigentes que provenían de la oposición al sistema puntofijista, estrategia analizada por Gramsci bajo el término de “transformismo” y habitualmente asociada a la realización de una revolución pasiva.

Las revoluciones pasivas suponen “modificaciones moleculares que, en realidad, modifican progresivamente la composición anterior de las fuerzas y se convierten, por tanto, en matrices de nuevas modificaciones” (Gramsci, 1993: 139), e implican reorganizaciones de las clases dirigentes, y transformaciones en la “visión del mundo”, que conllevan golpes de largo aliento para la posibilidad de desarrollo autónomo de las clases subalternas (Campione, 2014: 10). Evidentemente no fue esto lo que finalmente sucedió en la década del 90, pero la rearticulación política y discursiva llevada adelante por Rafael Caldera, y algunas medidas de los primeros años de su gobierno, pueden ser entendidas, como venimos viendo, en esa dirección. Y es que, como sostiene Frosini (2010: 224), “el éxito de la revolución pasiva no está escrito”.





En este sentido, Balsa (2018) entiende que debe analizarse fundamentalmente si el proceso profundiza o no el antagonismo entre los sectores populares y las clases dominantes, vinculándolo al análisis de la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia en la construcción de la hegemonía propuesto por Laclau. La absorción diferencial de demandas –vaciadas de su sentido transformador– realizada mediante su incorporación parcial en el programa de Caldera y su construcción discursiva, pero también en la articulación política con organizaciones y dirigentes provenientes de las clases subalternas, no tuvo el efecto deseado, su éxito no estaba escrito. Si bien logró una baja sensible de la conflictividad, con una reducción de los casos a la mitad tras las elecciones,¹³ los conflictos se reactivaron en los años subsiguientes, la impugnación al sistema continuó en la articulación de un cada vez más presente Hugo Chávez, y la recomposición de los aparatos de mediación, fundamentalmente de los partidos políticos, tampoco se produjo. Luego, el giro definitivo hacia la aplicación del plan neoliberal mediante la Agenda Venezuela significó el fin de esta posibilidad de absorción diferencial.

Es importante considerar que, apenas asumido su gobierno y tras la decisión de intervenir en el mercado cambiario y establecer controles de precios, Caldera debió enfrentar “la más severa crisis financiera que haya padecido el país a lo largo del siglo y que, de acuerdo a informaciones del Banco Central, implicó para el año 1994 la inyección de recursos por parte del Estado en el sistema bancario por un equivalente al 10% del PIB” (Lander y López Maya, 1999: 6). La llamada “crisis bancaria”¹⁴ se había originado ya el año anterior con la bancarrota del Banco Latino, uno de los más importantes del país, y para agosto de 1995 18 de los 41 bancos privados estaban intervenidos y el 70% de los depósitos eran administrados por el Estado (Bonilla y El Troudi, 2004: 128). Como señala Bonilla, no solo muchos banqueros escaparon a los EEUU ante las 322

¹³ El año que Caldera asumió, en 1993, se registraron 1096 protestas. Para 1995 se habían reducido a 581 (López Maya, 2001: 6).

¹⁴ Para un estudio de la crisis bancaria ver Kronbilth 1996; Velásquez, 2017.

órdenes de captura (ninguna se llevó a cabo), sino que la política estatal los favoreció debido a que el gobierno nacional asumió el reintegro del dinero de los ahorristas; costo financiero que minó la posibilidad de elaborar una política económica propia respecto de los planes del FMI.

La crisis generó una inflación de 70,8% en 1994, una enorme fuga de capitales, y una brusca devaluación de la moneda, reactivando los conflictos sociales pese a la suspensión de garantías constitucionales llevada adelante por Caldera, en abierta confrontación con el Congreso que intentó reponerlas. La “pax” del intento de revolución pasiva duró demasiado poco.

El año 1996 marcaría entonces un quiebre en el devenir histórico del gobierno, con la implementación definitiva del programa neoliberal mediante la llamada Agenda Venezuela. En este marco, el MBR presentó la Agenda Alternativa Bolivariana.

La Agenda Venezuela

El 14 de marzo de 1996 Teodoro Petkoff asumió entonces como ministro de Estado a cargo de CORDIPLAN, siendo el principal responsable de delinear la Agenda Venezuela. Tras las elecciones regionales de 1995, el MAS –que había alcanzado más votos que la propia Convergencia– se vio fortalecido en el frente gobernante, obteniendo también un ministerio (de Fronteras) para Pompeyo Márquez, otro dirigente histórico del partido, y varias gobernaciones. Petkoff argumentó que eran necesarias medidas económicas que enfrentasen tanto el populismo como el neoliberalismo, que contengan la hiperinflación a cualquier precio, y que Caldera tenía respecto de Pérez –cuyas medidas se asemejaban ahora demasiado– mayor sensibilidad social y compromiso con el consenso (Ellner, 1998: 205). Incluso Petkoff escribió un libro en 1997 titulado “Por qué hago lo





que hago” en el que sostuvo la necesidad de adoptar medidas pro-mercado, especialmente las privatizaciones –corazón de la Agenda Venezuela- que liberasen recursos del Estado destinados a mantener empresas deficientes para invertir en otros sectores.

Ellner destaca que los argumentos de Petkoff implicaban posiciones que pueden catalogarse de izquierdistas, por ejemplo pretender no un achicamiento del Estado sino un redireccionamiento de su presupuesto, o sostener que las reformas laborales que retrotraían derechos, como la modificación del sistema de prestaciones sociales, redundarían en aumentos salariales que cubrirían con creces aquellas pérdidas. Si bien puede ayudar a comprender cómo desde la izquierda se abrevó en el neoliberalismo (fenómeno ciertamente global), vemos que éstos han sido argumentos comunes en la región para sostener el ajuste sobre los trabajadores, esgrimidos aquí por un ex guerrillero devenido en uno de los autores y máximo difusor del programa neoliberal que implicó la Agenda Venezuela. Entendemos entonces que se trata más bien de un abandono de posiciones de izquierda, no implicando siquiera una disputa discursiva dentro de una misma formación. Máxime cuando existía paralelamente un movimiento creciente que sí cuestionaba las medidas neoliberales, e incluso otras agrupaciones de izquierda –como el PCV– que abandonaron la alianza gobernante por las medidas adoptadas. Petkoff asumió la defensa del neoliberalismo y sus consecuencias para la clase obrera como propia, popularizando una frase que se repetiría también en otras latitudes del ajuste: “estamos mal, pero vamos bien”.

Las medidas de la Agenda Venezuela implicaron, además de un ambicioso plan de privatizaciones,¹⁵ un brusco aumento del precio de las gasolinas de casi 10 veces, la liberación de las tarifas de los servicios públicos con aumentos del 40%, así como de los controles de precio (a excepción de unos pocos productos básicos) y del control de cambio con su consecuente devaluación del bolívar. A su vez, poseía un programa de

¹⁵ Detalle de las privatizaciones producidas en 1996 en Maniglia (Ed.), 2011: 220.

ayuda social para contener el impacto del ajuste con medidas como la duplicación de becas alimentarias y pensiones de vejez, y un aumento salarial de 70% para empleados públicos, entre otras.¹⁶

El parecido con el “Gran Viraje” de Carlos Andrés Pérez es evidente, y los efectos, pese a las promesas de Petkoff, también lo fueron: inflación de 100%, reducción del salario real de un 45% y aumento del desempleo y subempleo que alcanzó a la mitad de la población (Velázquez, 2017: 85). Datanálisis determinó que el deterioro de la canasta alimentaria durante 1996 fue el más importante “de la historia reciente del país”, registrando una caída del consumo de alimentos de un 24,8% (Maniglia Ed., 2011: 219). Se produjo una contracción en casi todos los sectores de la economía debido a la caída de la demanda interna, mientras la balanza comercial arrojaba –producto del feroz ajuste- casi 14 puntos de superávit tras cuatro años de déficit (Cartaya, 1998).

Otro efecto de la Agenda Venezuela fue la aceleración del ciclo de protesta fundamentalmente en la categoría de acciones violentas (López Maya, 2001: 8). La Universidad Central de Venezuela era escenario permanente y muchas veces violento de protesta, las calles de Caracas vivían manifestaciones de trabajadores y pobladores de las barriadas con frecuencia que se reproducían también en el interior. En este marco, el primero de mayo de 1996 todas las centrales obreras marchan unidas por primera vez, ocasión que aprovechó Chávez para reaparecer en el centro de la escena caraqueña. En el diario *El Nacional* puede leerse:

Estas medidas legitiman una nueva rebelión en Venezuela. Nosotros estamos pidiendo que se vaya Caldera de Miraflores antes que aquí ocurra una rebelión militar o un estallido social (...) La única alternativa pacífica es una asamblea constituyente. Lo otro es una rebelión armada que nosotros no queremos (Chávez en Torres, 1996: 2).

Siguiendo los testimonios recogidos por *El Nacional*, los reclamos se dirigían a la política económica de Caldera, aunque ciertamente no

¹⁶ Para un detallado estudio de las políticas sociales de la Agenda Venezuela ver Lacruz y González, 2006.





todos con el mismo “tono”. En el acto se escucharon cuestionamientos al pago con bonos y otros mecanismos que no impactaban en el salario, preocupación por la creciente inflación, pedidos de aumentos de las prestaciones sociales, etc.; es decir reclamos puntuales. Se puede ver en los testimonios de dirigentes de las centrales obreras una mayor cautela que la que adoptó Chávez contra Rafael Caldera, sin una oposición al neoliberalismo en sí. Incluso el alcalde de Caracas participó de la protesta esgrimiendo que “no venía a agitar masas contra el ajuste”. La crónica del diario destaca que “Chávez marchó frente a un grupo de bolivarianos y dirigentes de la Confederación Unida de Trabajadores de Venezuela”, dando una arenga frente a los bloques de El Silencio (refiere a viviendas populares), donde fue quemada una bandera de Estados Unidos (Torres, 1996). Este acto es un claro ejemplo de cómo Chávez buscaba “pararse” sobre las crecientes demandas sociales ante el ajuste, articularlas, radicalizarlas, o más específicamente dirigirlas hacia un reclamo de tipo político: la renuncia de Rafael Caldera. En una de las entrevistas otorgadas a Rangel pocos meses antes de este acto sostuvo:

Una gran unidad para la acción de resistencia. ¿Contra qué? Contra la agenda Caldera, contra la agenda que llaman Venezuela, pero es la agenda Caldera, la desnacionalización del país, la entrega del petróleo. Cincuenta años atrás, Gómez no hizo ni siquiera lo que está haciendo Caldera: la entrega de los recursos estratégicos del país, la ruptura de las Fuerzas Armadas, la pretensión de borrar los derechos de los trabajadores. Hay que hacer resistencia cívica en la calle, unitaria, contra esa agenda. Pero al mismo tiempo, la otra acción de esa doble estrategia es una acción ofensiva, porque a Caldera hay que sacarlo del gobierno (Chávez en Rangel, [1996] 2013: 162).

La crisis orgánica se profundizaba. Una encuesta realizada por la Fundación Consultores 21, publicada el 6 de mayo de 1996 en el diario *El Nacional*, sostenía que solo uno de cada cuatro ciudadanos apoyaba la democracia, agregando en la pregunta que “en algunas circunstancias, un gobierno no democrático puede ser preferible a uno democrático”, y que el apoyo a un candidato presidencial sería de 26% para un militar re-

tirado, 25% a una mujer, 14% a un intelectual y solo un 8% votaría a un político. A su vez, pocos después, la encuestadora Diagnóstico Metropolitano establecía que el 77,3% de los caraqueños apoyaba las huelgas por aumentos salariales (Maniglia, 2011: 219). El lanzamiento de la Agenda Alternativa Bolivariana se enmarca entonces en un momento de profundización del ajuste económico del gobierno en acuerdo con el FMI, un aumento del ciclo de protesta con movilizaciones permanentes que contaban con un amplio apoyo popular, y una estrategia del MBR que buscaba articular las demandas en un discurso contrahegemónico que politice y polarice el espectro político venezolano. La Agenda Alternativa Bolivariana (AAB) buscará cumplir esta función.

La “Agenda Alternativa Bolivariana”

Si bien la AAB está firmada por Hugo Chávez, su elaboración fue producto del trabajo en los “mapas estratégicos” impulsados por profesores de la Universidad Central de Venezuela nucleados en torno a Jorge Giordani y conocidos como el “Grupo Garibaldi” en honor a su padre, un italiano militante comunista. Otros de los profesores y profesoras que participaban de la elaboración de los mapas estratégicos que devinieron en la AAB fueron Francisco Mieres, Héctor Navarro y Adina Bastidas.

Elías Jaua, quien se sumó al MBR también desde la Universidad Central justamente en estos meses, nos resume así el marco y contenido de la Agenda en la entrevista que le realizamos en su oficina de Caracas en 2020:

En ese mar de contradicciones Hugo Chávez logra levantar una propuesta que está resumida en la Agenda Alternativa Bolivariana sobre tres aspectos fundamentales: la lucha contra la desnacionalización, la lucha contra la pobreza y la lucha contra la corrupción. Esas fueron las tres columnas programáticas sobre las cuales Hugo Chávez levanta el movimiento y logra





aglutinar, después que se sumerge en un trabajo de masas directamente, a todos los factores opuestos al Pacto de Punto Fijo, incluso históricamente desde viejos sectores de la burguesía que habían sido desplazados, más vinculados a las dictaduras militares de los años 40/50, hasta sectores y partidos de la izquierda venezolana.

La cita sintetiza tres aspectos que venimos trabajando en la investigación: la crisis orgánica como marco de posibilidad, el contenido ideológico-discursivo de la propuesta del MBR200, y la articulación de sectores contrarios al puntofijismo y el neoliberalismo en torno a Hugo Chávez. Pero ¿cuál fue el contenido discursivo y el proyecto ideológico de la alternativa propuesta?

La ABB comienza con una introducción firmada por Chávez con fecha del 22 de junio de 1996 en la que caracteriza la crisis del Pacto de Punto Fijo para luego sostener que el “fin de la historia” esgrimido por Fukuyama está “tomando por asalto la tierra de Bolívar”, mencionando al “politólogo y catedrático” como “uno de los máximo exponentes del neoliberalismo”. Coloca así la otredad a la que refiere la AAB desde un comienzo para, inmediatamente después, definirse como parte de “los bolivarianos, los revolucionarios, los patriotas, los nacionalistas” que han de enfrentar la Agenda Alternativa de Caldera con una “noble y formidable tarea: la muerte de lo viejo y el nacimiento de lo nuevo”. Con esta referencia a Gramsci, en los primeros párrafos se configura ya la frontera que ha de polarizar el campo político venezolano:

Por encima de todo esto [la crisis], avanza la Agenda Venezuela, aplaudida en los lujosos salones de Washington y Caracas, con el mismo rigor con que es sufrida por millones de hogares de la clase pobre venezolana. (...) La AAB rompe con el fundamento neoliberal, se rebela contra él, derriba los estrechos y negros muros de la visión unilateral, fragmentaria y reduccionista, para mirar en derredor y percibir la realidad en toda su magnitud, a través de un enfoque humanístico, integral, holístico y ecológico. (Chávez, [1996] 2014: 21-22).

En esta última frase se presenta también la segunda característica de la AAB: su integralidad. La agenda hace permanentemente referencia

a que la crisis y por ende su salida (recurriendo nuevamente a la figura del laberinto) requiere de un abordaje integral que cuestione los fundamentos filosóficos del sistema político:

El problema a solucionar no es meramente económico ni político ni social. Los abarca a todos ellos, es verdad. Pero va más allá de su conjunto. La forma de enfrentarlo, entonces, es a través de un poderoso ataque coordinado a lo largo de todo el frente. Atacar por partes implicaría la derrota, parte por parte. (Chávez, [1996] 2014: 23).

Vemos también que la retórica de la guerra continúa como una constante ya desde los documentos previos al alzamiento militar de 1992. Finalmente, la introducción a la Agenda presenta el mecanismo para la salida del laberinto: una Asamblea Nacional Constituyente que instaure la Quinta República: la República Bolivariana.

La propuesta de la integralidad se traduce en la estructuración del documento que aborda en primer lugar la identificación de los “ejes problemáticos”: la pobreza, vinculada a la crisis social y a la distribución regresiva del ingreso; y la desnacionalización, referida a la deuda externa, a la apertura petrolera y a las privatizaciones. Luego desarrolla en forma de objetivos cada uno de los aspectos que hacen a la solución de estos problemas:

1) El papel del Estado cuya problemática, sostiene la AAB, no debe subsumirse a la premisa neoliberal del achicamiento, sino que es necesario refundarlo de modo “democrático y popular”, asignándole un rol protagónico para cumplir sus objetivos: la elaboración y ejecución del enfoque estratégico nacional, la soberanía y defensa y la provisión de servicios públicos, de vivienda, salud, educación e infraestructura. La visión hacia el Estado –complementada con la mirada económica– es contraria a la visión neoliberal dominante en la época.

2) La política petrolera con una perspectiva también contraria a la política de apertura y privatización sostenida desde la época de Carlos Andrés Pérez, pero además atravesada por el objetivo de diversificar la





producción para dejar de depender del petróleo, partiendo sí de la premisa de que ésta seguirá siendo la base de la economía venezolana “al menos para las primeras décadas del próximo siglo”. Los pilares de la política económica petrolera marcados en la AAB son: propiedad y control estatal, industrialización “hacia abajo” y tecnificación “desde adentro”.

3) La propiedad y gestión del aparato productivo sostenida en un modelo caracterizado como “humanista y autogestionario”. Ya desde los documentos de Kléber Ramírez de 1991/92 se destaca la importancia que el MBR asignó a las pequeñas unidades productivas y autogestivas, más allá de las formas con las que se nominaron. En pleno avance de las privatizaciones, la AAB establece qué rubros de la economía deben quedar en manos del Estado (empresas básicas y estratégicas como petróleo, minería, tecnología militar), cuáles deben constituirse de modo mixto (bienes de consumo esencial como agroindustria y construcción, así como la banca y las finanzas) y cuáles serían “fundamentalmente privados” (la gran industria importadora generadora de bienes y servicios no esenciales).

4) Educación, cultura, ciencia y tecnología, ítem en el que se desarrolla el “Plan Alternativo Simón Rodríguez” de educación que incluye la preponderancia estatal de su planificación y financiamiento frente a “la pretensión neoliberal de privatizar la educación para convertirla en una mercancía más” y la mirada latinoamericana de integración educativa y tecnológica.

5) La deuda externa trabajada a partir de cuatro opciones concretas que buscan la moratoria y suspensión de parte de los pagos.

6) Los equilibrios macroeconómicos que, contrario a la lógica neoliberal que los coloca como un objetivo primordial en sí mismos, deben estar subsumidos a lograr los equilibrios macrosociales como se plantea desde la introducción de la AAB. En este ítem se menciona la propuesta de un sistema cambiario “regulado, único y flexible”, la política fiscal que buscará una reducción del déficit no mediante el recorte de gastos socia-

les sino con un aumento impositivo progresivo y una quita en el pago de la deuda, y la política monetaria “supeditada a las políticas económicas restantes” que será de modo mixto: restrictiva o expansiva según los sectores y momentos del desarrollo económico.

7) Los equilibrios macrosociales referidos al empleo, la salud, la seguridad social, la vivienda, la distribución del ingreso, la integración social y la seguridad pública en base a una política que solucione los desequilibrios generados por “el actual modelo capitalista salvaje” con una serie de planes para cada uno de los sectores que, como vimos, se habían desarrollado ya en los mapas estratégicos.

8) Y la dinamización de la producción mediante el Modelo Productivo Intermedio, un plan que se propone el desarrollo económico endógeno mediante la reactivación e impulso de los “agentes dinamizadores” de la economía: construcción, agroindustria, turismo, y pequeña y mediana industria. A partir de ellas se jerarquizan las distintas áreas de producción como una “senda” que ha de activarse de adentro hacia afuera, desde las empresas básicas (hierro, aluminio, acero) hasta lograr la “inserción sólida en bloques regionales y en la economía mundial”.

La AAB se presenta como una síntesis y ampliación de los contenidos que venían desarrollándose de modo público ya desde El Libro Azul. Contiene la base ideológica del árbol de las tres raíces, el bolivarianismo y la reivindicación de la disputa frente al “fin de la historia”; la representación de un nosotros y un ellos dicotomizado y nominado en función de elementos vinculados a la economía (neoliberalismo/ antineoliberalismo), al sistema político (falsa democracia/democracia protagónica), a la ética (corrupción/honestidad), a la nación (extranjerización/nacionalismo-patriotismo), a lo común por sobre la individualidad y a “lo viejo por morir” frente a “lo nuevo por nacer”; allí la dimensión agonal de la estrategia. Además, la ABB posee una propuesta de transición ya esgrimida en “Cómo salir del laberinto” centrada en una Asamblea Constituyente, una lectura integral que abarca y relaciona los distintos aspectos que compo-





nen la vida social y, finalmente, un mensaje movilizador, esperanzador, que busque convencer de la posibilidad real de transformación en las mayorías venezolanas, que busque consolidar el mito: “[la AAB] pretende constituirse en el puente por donde transitaremos hacia el territorio de la utopía concreta, el sueño posible”.

La ABB no solo da cuenta del contenido discursivo que llevó a Chávez al poder, también es muestra de la amplitud de temas y soluciones propuestas en ensayos escritos, en discursos y en entrevistas, que contradicen la perspectiva de ambigüedad y vacío general de la propuesta contrahegemónica bolivariana. En todo caso, será la Asamblea Constituyente la que adquirirá la dimensión de demanda tendencialmente vacía que actúe –junto a Chávez- como elemento articulador.

Finalmente, como punto crucial en este estudio, la Agenda enfrenta a otra Agenda, la polariza, articula los elementos mayoritarios que están fuera de la propuesta de Caldera/Petkoff conteniendo las demandas populares, se nomina como su adverso. Es el propio contenido de la Agenda Venezuela el que fortalece a su contrario pues, con la adopción de las medidas impulsadas por el FMI y el “Consenso de Washington” por parte de Caldera –y con el impulso de su ala izquierda-, se hizo evidente que no había posibilidad de transformación, mejora, siquiera estabilización desde el gobierno. Las tenues expectativas con la que El Chiripero había ganado las elecciones de 1993, en lo que caracterizamos como un intento de revolución pasiva, quedaron sepultadas.

Entendemos entonces que “el duelo de agendas” fue un punto de inflexión fundamental en la disputa por la hegemonía porque afianzó un marco de polarización que –tras el fracaso de la pasivización calderista– derivó en la consolidación de Hugo Chávez como centro articulador de sentidos y demandas populares contrario al orden existente, proceso que se había iniciado en 1992. O, en palabras de Biardeau, “traduce el momento nacional-popular-revolucionario del proyecto hegemónico” (2009: 70). Y ésta percepción está en la base del cambio de estrategia del

MBR200 que emprenderá ahora la discusión interna de cara a la disputa electoral, aspecto que, junto a la dimensión del mito, abordaremos en próximos trabajos.

Conclusiones

Transcurrido entre 1993 y 1999, el gobierno de Rafael Caldera atravesó casi toda la crisis generada con el Caracazo, precedido solo por el gobierno, en constante caída, de Carlos Andrés Pérez. Su gestión representó la respuesta más acabada del establishment venezolano para contener la crisis, para absorber de modo diferencial las demandas contrarias tanto al puntofijismo como al neoliberalismo, para evitar que se vuelvan una, que se articulen con otras y constituyan un bloque capaz de disputar la hegemonía. La reacción, en términos generales, contó con varias acciones: la destitución del propio Pérez, el avance de la descentralización y la reforma estatal, el intento de fortalecimiento de nuevos partidos, y el indulto a los comandantes y participantes del 4F forman parte de ella.

Pero, fundamentalmente, se basó en la constitución de una alianza amplia que pueda ganar las elecciones recuperando demandas y sectores contrarios. Ello requirió “salirse” del puntofijismo, romper con COPEI y constituir una nueva organización que sume sectores y demandas de la izquierda y las articule a nivel discursivo. La incorporación del MAS, que durante años fue el tercer partido político del país en cantidad de votos, y del PCV, responden a esta necesidad y estrategia. Pero incluso sectores del MBR200, entre ellos nada menos que el segundo en importancia, también se sumaron a la alianza. La absorción de intelectuales orgánicos y organizaciones contrarias a la hegemonía dominante –aún en crisis– es un aspecto constitutivo de la revolución pasiva. Del mismo modo, demandas contrarias fueron absorbidas y articuladas en el intento de recons-





trucción de la hegemonía, resumidamente: críticas a aspectos del neoliberalismo y, en concreto, a los “paquetazos” de Carlos André Pérez, cuestionamientos al funcionamiento democrático que incluyeron cierta justificación o relativización del golpe del 4F, reivindicación de la lucha social y de la irrupción del Caracazo, y cuestionamiento a los partidos vía la centralidad de la crítica a la corrupción. El encuadramiento del gobierno de Caldera en un intento de revolución pasiva, en el marco de la disputa por la hegemonía en crisis, parece entonces plausible y poco explorado.

Entendemos que la crisis bancaria y la continuidad de la crisis económica general, con el incremento de la inflación, la desocupación y el hambre, volvieron imposible esta pasivización. Si bien fue Petkoff quién en buena medida elaboró la Agenda Venezuela, es decir alguien proveniente de la izquierda que intentó justificar su implementación, la vía de la revolución pasiva parecía clausurada para 1996. De allí en adelante se profundizaron las medidas neoliberales en acuerdo con el FMI.

Por otro lado el MBR200, bajo la conducción de Hugo Chávez, llevó adelante una disputa por la hegemonía buscando justamente neutralizar el intento de pasivización de Caldera; es decir, articulando organizaciones, intelectuales orgánicos y sectores del ciclo de protesta a partir de una serie de demandas, significantes y objetos discursivos que encuentran sustento en la posición de clases y en los sentidos sedimentados durante décadas en los sectores populares: bolivarianismo, reivindicación de los llaneros y las luchas federales, democracia protagónica, Asamblea Constituyente, revolución, refundación, anitipuntofijismo, antineoliberalismo; aspectos que venimos analizando en distintos trabajos realizando un seguimiento de entrevistas y documentos para cada período.

El año 1996 nos resulta crucial entonces por representar el inicio de la profundización de la polarización buscada para disputar la hegemonía de forma agonal, el agotamiento del intento de pasivización vía abrasión de demandas y sectores contrarios, la profundización del plan neoliberal, el regreso de Chávez a la escena pública tras recorrer el país y visitar va-

rios países latinoamericanos y, fundamentalmente, la publicación de la Agenda Alternativa Bolivariana como respuesta y anverso de la Agenda Venezuela. Este documento muestra, adicionalmente, un aspecto que también creemos importante en la disputa hegemónica: las propuestas concretas e integrales para satisfacer las demandas, aquí y ahora, de los sectores movilizados. Más allá de su viabilidad o profundidad, lo importante aquí es su plausibilidad para las mayorías. Siguiendo a Therbon (1991), la hegemonía constituida posee tres trincheras para su defensa: la invisibilización de su existencia, que es puesta en cuestión al volver nominable un sistema, como con la crisis del puntofijismo; la valoración positiva de su existencia, que evidentemente se quebró a partir del Caracazo; y –como última trinchera– la creencia en la imposibilidad de transformarlo. La disputa se produce cuando esta última trinchera es también derribada, cuando las clases subalternas ven plausible otra posibilidad. La Agenda Alternativa Bolivariana vino, también, a cumplir esta función.

Bibliografía

Balsa, J. (2006). Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía. *Revista Theomai* (14), pp. 16-33. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/124/12401403.pdf>.

_____ (2017). Formaciones y estrategias discursivas, y su dinámica en la construcción de la hegemonía. Propuesta metodológica con una aplicación a las disputas por la cuestión agraria en la Argentina de 1920 a 1943, *Papeles de Trabajo*, 11 (19), pp. 231-260. Disponible en: <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/papdetrab/article/view/706>

_____ (2018). Pensar la estrategia política a partir de los aportes de las nuevas lecturas sobre la obra de Gramsci. En *Batalla de Ideas* pp. 1-25. Buenos Aires. Ed. Ramón Ortiz.

_____ (2020). Una base lingüística para la teoría de la hegemonía. Algunos aportes. *Trampas de la educación y la cultura*, (85), pp. 2-30. Disponible en: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/trampas/article/view/6267>





Berengan, M. (2021). La simiente del chavismo: ideología y articulación antes del 4F. *V Jornadas Internacionales de Estudios de América Latina y el Caribe* (pp.479-493).

Biardeau, J. (2009). Del Árbol de las Tres Raíces al Socialismo Bolivariano del siglo XXI ¿Una nueva narrativa ideológica de emancipación? *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 15(1), pp. 57-113.

Bonilla, L. y El Troudi, H. (2004). *Historia de la revolución bolivariana*. Caracas: Ministerio de Comunicación e Información.

Campione, D. (2014). *Algunos términos utilizados por Gramsci*. Buenos Aires: Omegalfa.

Cartaya, V. (1998). *Empleo, productividad e ingresos: Venezuela (1990-1996)*. Oficina Internacional del Trabajo. Equipo Técnico Multidisciplinario de Santiago. Disponible en: https://www.academia.edu/3141240/Empleo_productividad_e_ingresos_Venezuela_1990_1996_

Chávez, H. (2014). *Agenda Alternativa Bolivariana*. Caracas: Ed. Correo del Orinoco.

Ellner, S. (1998). Izquierda y política en la agenda neoliberal venezolana. *Nueva Sociedad*, (157), pp. 125-136.

Frosini, F. (2010). *La religione dell'uomo moderno. Politica e verità nei Quaderni del carcere di Antonio Gramsci*. Roma: Ed. Carocci.

González, L. y Lacruz, T. (2006). *La política social en Venezuela*. Academia. Sin datos.

Gramsci, A. (1993). *La Política y el Estado Moderno*. Buenos Aires: Planeta-Agostini.

Kornblith, M. (1996). Crisis y transformación del sistema político venezolano: nuevas y viejas reglas de juego. El sistema político venezolano: *Crisis y transformaciones*, pp. 1-31. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/lasa97/kornblith.pdf>

Laclau, E. y Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.

Lander, L. y Maya, M. (1999). Venezuela. La victoria de Chávez. *Nueva Sociedad*, (160), pp. 4-19.

López Maya, M. (2001). Venezuela después del Caracazo: formas de protesta en un contexto desinstitucionalizado. *Kellogg Institute Working Paper # 287*, pp 4-35. Disponible en: https://kellogg.nd.edu/sites/default/files/old_files/documents/287_0.pdf

_____ (2005). *Del viernes negro al referéndum revocatorio*. Caracas: Alfadil ediciones.

Maniglia, T. (Ed.). (2011). *Cronología de una implosión: La década final de la IV República*. Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información.

Narvaja de Arnoux, E. (2008). *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*. Buenos Aires: Biblios.

Torres, F. (2 de mayo de 1996). Centrales obreras rechazan bonos como vía para aumentar salarios. *El Nacional*, p.2.

Therborn, G. (1991). *La ideología del poder y el poder de la ideología*. Madrid: Siglo XXI.

Velázquez, K. (2017). *Abril 97 desencadenante histórico*. Caracas: Ediciones Minci.

